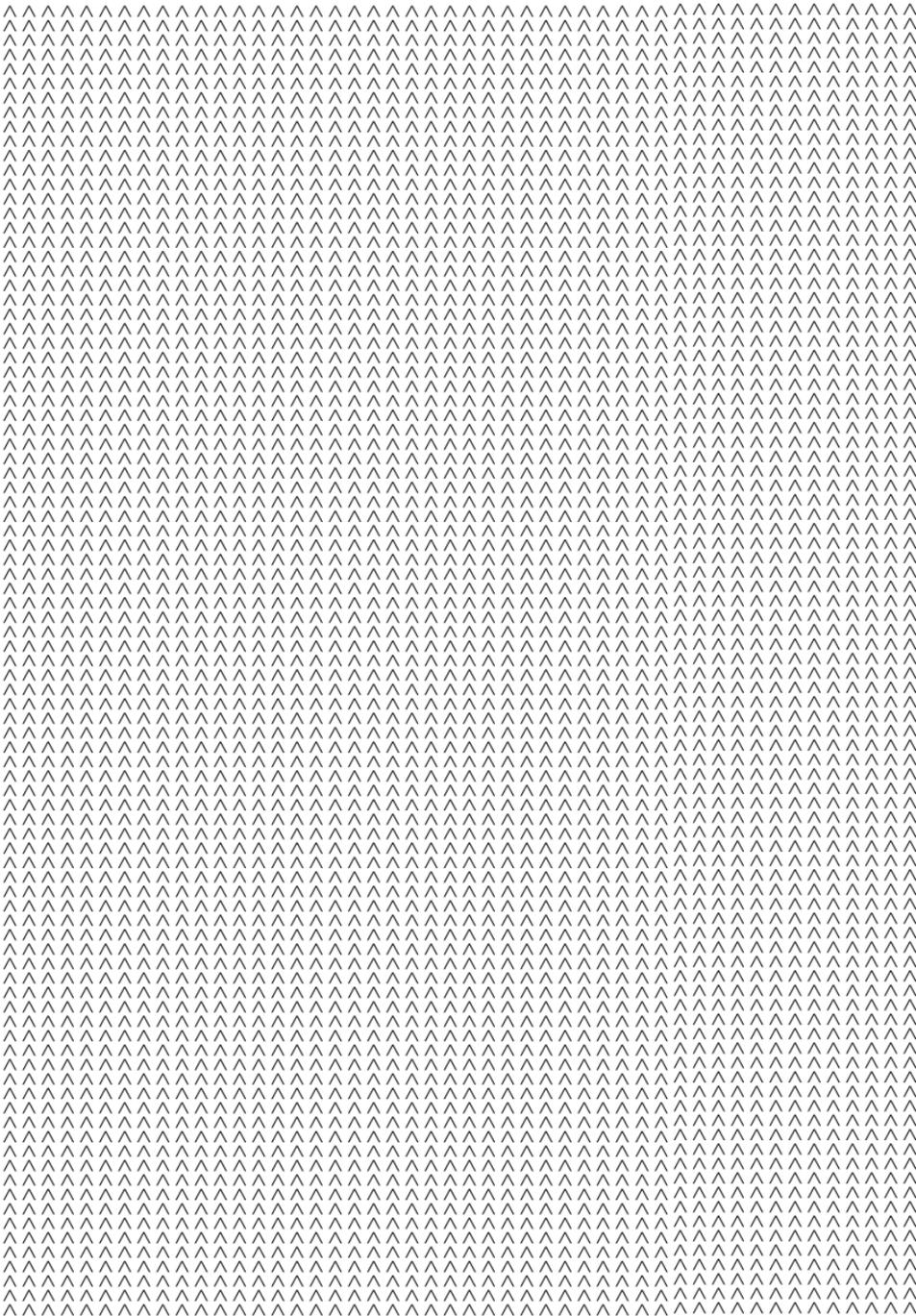


BIBLIOTECAS Y LIBRERÍAS: ENTRE HERENCIAS Y FUTURO

ROGER CHARTIER





BIBLIOTECAS Y LIBRERÍAS: ENTRE HERENCIAS Y FUTURO

Publicado por
Centro Regional para el Fomento del Libro
en América Latina y el Caribe (Cerlalc)
Calle 70 n.º 9-52 – Bogotá, DC
Tel. (57 1) 540 20 71
cerlalc@cerlalc.org
www.cerlalc.org

© 2018, Roger Chartier
© de esta edición, 2018, Cerlalc

ISBN de la versión en PDF: 978-958-671-217-0
ISBN de la versión en ePub: 978-958-671-218-7

DISEÑO DE COLECCIÓN Sandra Restrepo
COMPOSICIÓN Y DISEÑO DE CUBIERTA Carolina Medellín

PRIMERA EDICIÓN septiembre 2018

Todos los derechos reservados. Queda prohibido reproducir, copiar y transmitir, total o parcialmente, parte alguna de esta obra, por cualquier procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, sin la autorización previa del Cerlalc.



Organización
de las Naciones Unidas
para la Educación,
la Ciencia y la Cultura

CERLALC

Centro Regional para el Fomento del
Libro en América Latina y el Caribe
Bajo los auspicios de la UNESCO

BIBLIOTECAS Y LIBRERÍAS: ENTRE HERENCIAS Y FUTURO

ROGER CHARTIER

ROGER CHARTIER es historiador de la Corriente de los Annales, caracterizada por enfocar su estudio de la historia en los procesos y las estructuras sociales. Se especializa en la historia del libro y de las ediciones literarias. Es profesor de la Universidad de Pensilvania y del Colegio de Francia; doctor honoris causa de la Universidad Carlos III de Madrid. Ha recibido el Annual Award de la American Printing History Association (1990) y el Prix Gobert de la Académie Française (1992). Ha sido autor de varios libros dentro de los que destacan *Les usages de l'imprimé* (1987) y *La correspondance. Les usages de la lettre au XIXe siècle* (1991).

Lugares en movimiento, espacios en transformación

Hace algún tiempo, cuando Roger Chartier me entregó los textos que componen este libro, me señaló, conversando sobre la lectura, que «siempre estamos vacilando entre un concepto tradicional de la lectura, literal, por una parte: leer letras, palabras, textos, libros; y metafórico por otro: cómo descifrar el mundo, a los otros, la naturaleza, los sentimientos». La tendencia debería ser a unificar ambas concepciones porque, aunque correspondan a lógicas diferentes (en un texto corresponde, por mencionar un ejemplo, a la lógica de la alfabetización), son formas complementarias de comprender nuestro entorno.

Las bibliotecas, y también las librerías, son justamente espacios privilegiados para abordar la convivencia de estos dos hemisferios de la lectura. En ellas conviven y se promueven la utilización del texto escrito y la comprensión del mundo contenida en las palabras. En ellas se trabaja para discernir caminos transitables en la vorágine de lecturas disponibles y se entregan herramientas para que las personas puedan apropiarse de lo que les es útil, de aquello que les brindará nuevas oportunidades para descubrir, conocer y mejorar su calidad de vida.

Estamos en un mundo saturado de textos, de lecturas, especialmente en el ambiente digital. Por consiguiente, la gente lee. Lee una enorme cantidad de cosas: frente a su computadora, un diario, una revista, un aviso en la pared, una receta de cocina, la descripción de un medicamento, la cuenta de los impuestos, el cuaderno de clases de su hijo o de su nieta. En la sociedad contemporánea hay miles de formas en las que la lectura nos aborda. Pero también buscamos otras lecturas que nos permitan pensar

el mundo y relacionarlo con las personas y las historias que lo habitan. Ahí es donde las bibliotecas y las librerías tienden un puente que abre un territorio más amplio para la lectura.

El filósofo británico John N. Gray sostiene que la especie humana tiende a engañarse con el mito del progreso, porque pese a la percepción de que avanzamos, la humanidad se expone siempre a problemas que inexorablemente se repiten en la historia. Chartier nos muestra que algo similar ocurre en el caso de los librereros, quienes permanentemente han estado cruzados por la lógica del capitalismo comercial y, al mismo tiempo, por la búsqueda del patrocinio y la benevolencia de las autoridades. También las bibliotecas han tenido una historia marcada por la tensión entre el resguardo de sus colecciones y el acceso por parte de la comunidad a los libros.

En «Librerías y librereros: historia de un oficio, desafíos del presente» y en «La biblioteca», Roger Chartier aborda estos dos espacios donde habita la lectura. Y lo hace desde una mirada histórica que también utiliza el humor como recurso interpretativo, como cuando se refiere a la librería como «el burdel de los libros», citando a Quevedo, o cuando se pregunta por la labor del librero: «¿oficio noble o negocio deshonesto?».

En estas páginas, la revisión etimológica de las palabras «librería» y «biblioteca» resulta no sólo un ejercicio académico, sino que nos permite entender la vinculación de estas instituciones con lo público y lo privado, los contextos sociales de sus orígenes y el beneficio que han brindado: cuestiones que pueden resultar determinantes hoy al momento de implementar, por ejemplo, una política pública en el ámbito de la cultura. Nos permite preguntarnos, en un sentido más profundo, para qué

sirve una biblioteca (¿por temor a la desaparición y al olvido?) o hasta cuándo y cuánto debemos acumular en esa biblioteca, antes de un «exceso indomable» o una «abundancia confusa».

Hoy las bibliotecas y las librerías son desafiadas especialmente (Chartier lo cree así) por los contenidos digitales. Pero no piensa que vayan a desaparecer, porque han demostrado suficientemente a los ciudadanos que son necesarias para la manutención del patrimonio escrito, que desarrollan una tarea pedagógica y didáctica al difundir la lectura y el propio mundo digital, que además, cumplen una función cívica gracias a que (especialmente las bibliotecas y cada vez más las librerías) invitan a intercambiar ideas. Lo importante es que se mantenga un vínculo entre el escrito y la palabra, dice Chartier. Y la biblioteca, así como la librería, son claramente instrumentos para ello.

Más que como una amenaza, la fuerte presencia de lo digital o lo electrónico en el mundo del libro, de las librerías y las bibliotecas, aparece como un desafío que, en muchos casos, puede contribuir a hacer más rápidos ciertos procesos. Es probable que en los próximos años lo digital introduzca transformaciones profundas en nuestra relación con la palabra, pero ello sucederá de la misma manera en que, en siglos pasados, se incorporaron otras tecnologías que hoy nos parecen naturales. En este sentido, Chartier supone que el futuro de la biblioteca obviamente va a cambiar, pero no necesariamente «hacia adelante». En la antigüedad, la lectura era una práctica oral y, por lo tanto, social, pero con la introducción masiva del libro por parte de la imprenta, esta lectura se volvió cada vez más una experiencia individual y silenciosa. Tal vez la biblioteca pueda retomar hoy las socialidades e intercambios que perdimos en la historia del libro y

renueve su participación en la construcción del espacio público y crítico que necesitan nuestras sociedades. Muchas bibliotecas, especialmente las públicas, ya lo están haciendo.

El filósofo alemán Jürgen Habermas lamenta la desaparición de los espacios públicos y críticos en la sociedad moderna. Las bibliotecas son hoy los lugares en los que las ideas se pueden debatir y las librerías, cada vez más, se transforman, no sólo en espacios de transacciones comerciales, sino también de intercambio de ideas, de reflexión y en un café del pensamiento. Es decir, la biblioteca y la librería constituyen un alimento de alto valor para la democracia.

En aquella conversación, Roger Chartier me señaló que las bibliotecas y las librerías tienen un rol fundamental en la sociedad, pero que este no es el de salvar el mundo ni de hacer que toda la sociedad lea. Su rol más bien es el de tender los puentes de la lectura y de la palabra para que las personas puedan caminar por ellos. Las bibliotecas y librerías no van a desaparecer, pero sí se van a transformar, porque vivimos en un mundo cambiante de medios escritos. La coexistencia de la escritura manuscrita, la impresa y la digital, junto con la oralidad, es hoy el ecosistema de la palabra. Sea cual sea el escenario, bibliotecas y librerías en movimiento y transformación seguirán siendo motores determinantes y privilegiados de lo que Bourdieu denominó como la producción de capital cultural, desde la palabra, desde el texto escrito o hablado y gracias a la vinculación con las personas que habitan un territorio.

Gonzalo Oyarzún

LIBRERÍAS Y LIBREROS: HISTORIA
DE UN OFICIO, DESAFÍOS DEL PRESENTE

Abrimos, para empezar, el *Diccionario de la Lengua Castellana* compuesto por la Real Academia Española y publicado en 1732¹ en la voz «Librero»: «El que tiene por oficio vender libros, encuadernarlos y aderezarlos. Lat. *Bibliopola*». La Academia cita después a Cristóbal Suárez de Figueroa, que declara en su *Plaza universal de todas ciencias y artes*²: «Puedese pues decir ser la profesión de los Libreros por extremo noble, respecto de estar siempre en compañía de personas virtuosas y doctas». En la voz «Librería», que define la librería no sólo como «la tienda o parage donde se venden los libros», sino también como «el ejercicio, empleo y ministerio del Librero», es al mismo autor que cita el *Diccionario*: «La profesión de Librería mereció, en todos tiempos, ser contada entre las más nobles y honrosas». En los comienzos del siglo XVIII, la Real Academia Española hace hincapié en la nobleza y la honorabilidad de los libreros y de su oficio. Su negocio es diferente de los otros porque dirige las mercancías que venden a compradores «virtuosos y doctos» y porque participa también de la fábrica del libro que se encuentra aderezado y encuadernado en la tienda del librero y no en el taller del impresor.

Semejante alabanza era una manera de rechazar las múltiples condenas que en el siglo anterior estigmatizaron a los libreros. En la «Novela del licenciado vidriera», que es una de las *Novelas ejemplares* que salieron a la calle en el otoño de 1613, Miguel de Cervantes Saavedra retoma el tema clásico de la des-

1 Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades*, (1732), Edición Facsímil, Madrid, Editorial Gredos, 2002.

2 Cristóbal Suárez de Figueroa, *Plaza universal de todas ciencias y artes*, Madrid, 1615.

honestidad de los libreros que engañan a los autores vendiendo ejemplares de un libro que no son los que el autor les ha confiado, sino ejemplares que ellos mismos hicieron imprimir para su propio provecho. Tomás, el licenciado vidriera, declara a un librero:

Este oficio me contentara mucho, si no fuera por una falta que tiene. —Preguntóle el librero se la dijese. Respondióle: —Los melindres que hacen cuando compran un privilegio de un libro y de la burla que hacen a su autor si acaso le imprime a su costa, pues en lugar de mil y quinientos imprimen tres mil libros, y cuando el autor piensa que se venden los suyos, se despachan los ajenos³.

En 1627, en el «Sueño del infierno», Quevedo añade otros motivos a la condena de los libreros. Por un lado, acogen en sus tiendas libros de mal vivir. Reconociendo al librero, el visitante del infierno dice: «Y es verdad Dios que yo siempre lo sospeché, porque era su tienda el burdel de los libros, pues todos los cuerpos que tenía eran de gente de la vida, escandalosos y burlones». Por otro lado, los libreros merecen el castigo eterno ya sea porque venden libros malos, ya sea porque permiten a lectores ignorantes comprar libros que solamente los doctos y los discretos deben leer. Se lamenta el librero:

¿Qué quiere?, pues es tanta mi desgracia que todos se condenan por las malas obras que han hecho, y yo y todos los libreros nos condenamos por las obras malas que hacen los otros, y por

3 Miguel de Cervantes Saavedra, «Novela del licenciado vidriera», en *Novelas ejemplares*, Edición de Jorge García López, Barcelona, Crítica, 2001, p. 285.

lo que hicimos barato de los libros en romance y traducidos de latín, sabiendo ya con ellos los tontos lo que encarecían en otros tiempos los sabios, que ya hasta el lacayo latiniza, y hallarán a Horacio en castellano en la caballeriza⁴.

La divulgación del saber y su apropiación por el vulgo amenazan el sentido de los textos, corruptos por lectores incapaces, y el orden de la sociedad, que supone que a cada oficio o estamento le corresponden ocio y conocimiento propios.

¿Oficio noble o negocio deshonesto? Tal es la doble y contradictoria percepción de la librería en la primera Edad Moderna. Lo claro es que tanto las condenas como las alabanzas de los libreros se remiten a la vinculación fuerte que ligó duraderamente la librería y la edición. Debemos recordar que, entre mediados del siglo xv y comienzos del xix, los libreros son los amos de la producción libresca. Buscan y consiguen la protección de las autoridades que les otorgan privilegios y patrocinio; dominan a los maestros impresores, a quienes encargan la impresión de sus ediciones; imponen sus condiciones a los autores, remunerados durante mucho tiempo con ejemplares de su libro y no con dinero; y finalmente controlan el mercado del libro, desarrollando el *commerce d'échange* y la librería de surtido que les permite vender no sólo sus propias ediciones, sino también las de sus colegas.

En el «antiguo régimen tipográfico», los libreros, por lo menos los más poderosos, son los que dominan la actividad editorial según diversas modalidades al correr de los siglos. En

4 Francisco de Quevedo, *Los sueños. Sueños y discursos de verdades descubridoras de abusos, vicios, engaños, en todos los oficios y estados del mundo*, edición de Ignacio Arellano y M. Carmen Pinillos, Espasa Calpe, Colección Austral, pp. 131-132.

el tiempo del humanismo, los mercaderes libreros de Venecia, Lyon o París inventan nuevas formas editoriales, tal como Aldo Manuzio o como Antoine Vérard en París, compiten con los autores para ocupar la posición de «autor» del libro. En el siglo XVII, los grandes libreros parisinos, mimados por el poder monárquico y editores de las novedades literarias; sus competidores holandeses, especializados en las ediciones piratas como los Elzevier; o los libreros londinenses que, como Moseley, construyen un primer repertorio de la literatura nacional publicando los poetas y dramaturgos ingleses de su tiempo, son todos figuras esenciales que ilustran la dependencia de la edición con relación al comercio de los libros. En el siglo XVIII, las poderosas sociedades tipográficas instaladas en Suiza o en los Países Bajos se apoderaron del mercado de las ediciones piratas, o *contrefaçons*, y de los libros prohibidos, leídos con avidez en Francia.

En cada época dos lógicas se cruzan en esta fuerte vinculación entre el comercio del libro y la actividad editorial. La primera es la lógica del capitalismo comercial. Esta exige importantes inversiones para comprar el papel necesario para las ediciones y pagar la impresión, la atención a la demanda y al mercado, una cadena de créditos que supone la confianza entre los diversos actores del proceso económico y, finalmente, el provecho sin el cual el librero debe declararse en quiebra. La segunda lógica es la del patrocinio. Todos los libreros editores del Antiguo Régimen (incluidos aquellos que publican obras prohibidas) buscan la benevolencia de las autoridades políticas, puesto que son estas las que emiten o rechazan las aprobaciones y privilegios, toleran o prohíben la circulación de los libros sin permisos, y que protegen, o no, de los competidores. La historia de las

ediciones sucesivas de la *Encyclopédie* de Diderot y D'Alembert es una ilustración ejemplar de las relaciones múltiples y sutiles entre la edición y el poder o, mejor dicho, entre los libreros editores y los poderes tanto políticos y como eclesiásticos.

En toda Europa el siglo XIX se caracteriza por la separación entre la librería y la edición. Alrededor de 1830 aparecen la edición como profesión autónoma y el editor en el sentido moderno de la palabra, es decir un editor que no es más un librero (aunque pueda poseer una o varias librerías) y cuyo tiempo está dedicado a la lectura de manuscritos, a los encuentros y negociaciones con los autores, y a la construcción de un fondo propio, constituido por varias colecciones y única fuente de provechos. Por su parte, los libreros, alejados de la edición, deben afrontar nuevas competencias: los gabinetes de lectura, donde es posible leer sin comprar, pagando una suscripción; las *bibliothèques de gare* o librerías ubicadas en las estaciones de los ferrocarriles, tal como las que Hachette creó en Francia; la venta por correo que sustituyó las prácticas antiguas de los vendedores ambulantes y, finalmente, la amplia difusión de los periódicos que se vuelven, gracias a la venta por número y al éxito de los *feuilletons*, o novelas por entregas, la más popular de las lecturas —pero una lectura que no implica la visita en la librería.

Hoy en día me parece que las librerías encuentran desafíos similares, si no idénticos. En primer lugar, la librería tradicional encuentra nuevos competidores: la venta directa por los clubes del tipo Book-of-the-MonthClub⁵ o France-Loisirs, la venta de libros tanto en los emporios multimedia tal como

5 Janice A. Radway, *A Feeling for Books. The Book-of-the-Month Club, Literary Taste, and Middle-Class Desire*, Chapel Hill and London, The University of North Carolina Press, 1997.

las FNAC o los Virgin Megastores que venden también computadoras, televisores, CD y DVD, como en las grandes superficies que proponen libros al lado las otras mercancías, y más recientemente el comercio electrónico. Frente a semejantes amenazas la respuesta fue doble —por lo menos en Francia. La ley del precio fijo y único, llamada para siempre *loi Lang*, trató de proteger a las librerías tradicionales prohibiendo los importantes descuentos que podían ofrecer los grandes almacenes o *grandes surfaces* y, por ende, proteger a los editores cuyos libros no podían interesar a los *shopping centers* y que podían encontrar a sus lectores únicamente en las tiendas de los libreros⁶. Por otra parte, algunas librerías clásicas (por ejemplo, Ombres Blanches en Toulouse) han abierto un sitio electrónico que propone el inventario de los libros disponibles en la librería, que ofrece bibliografías e información a los lectores, y que describe las múltiples actividades culturales que la librería organiza para que los autores puedan encontrar a los lectores⁷. Finalmente, para evitar que las librerías se transformen pura y simplemente en depósitos de Amazon Marketplace, lo que acontece cuando aceptan entrar en este programa que vende *on line* los libros que almacenan, es que varios libreros independientes intentan agruparse a en una misma red cuyo principio fundamental es la complementariedad entre el espacio virtual del negocio y el lugar físico cada librería⁸.

6 Fabien Chaumard, *Le commerce du Livre en France : entre économie et culture*, París, L'Harmattan, 1998.

7 «Le livre a l'heure du numérique», *Les Cahiers de la librairie*, 5, Toulouse, Editions Verdier, 2006.

8 Joël Fauchon, «Apprendre a vivre avec le numérique», *Le Monde des Livres*, Primero de diciembre de 2006, p. 2.

Es muy difícil medir el efecto de las respuestas opuestas al proceso de concentración de la librería. Es posible que en Francia existan hoy en día veinte mil lugares (*points de vente*) donde se venden libros, dos o tres mil «librerías» (cualquiera sea su identidad: librerías independientes o de editores, emporios multimedia, departamentos de hipermercados) y solamente trescientas librerías que pueden proponer entre treinta y sesenta mil títulos⁹. Pero semejantes estadísticas no deben ocultar la importancia del proceso de concentración que afecta tanto a la librería como a la edición y distribución: las librerías tradicionales no representan sino 20% de las ventas de libros y el volumen de negocio de las doscientas librerías independientes más importantes es inferior al volumen de negocios de la FNAC. El único competidor de la FNAC hoy en día es el grupo Hachette, que se volvió el segundo «librero» de Francia después de la compra de los Virgin Megastores en 2001, completando así un proceso de concentración editorial (Hachette-Livres y Vivendi Universal representan el 60% del volumen de negocio del sector) y un proceso de concentración de la distribución, controlada por tres grupos: los dos grupos editoriales Hachette y Vivendi, y GIE Livre-Diffusion¹⁰.

Es aún más difícil medir la importancia conquistada por la venta de libros *on line*. En 1998, hablando de Italia, Umberto Eco declaró que: «con la situación de los correos italianos [*le*

9 François Rouet, *Le livre. Mutations d'une industrie culturelle*, París, La Documentation française, 2000, pp. 153-157.

10 Philipp Lane, «La librairie. nouveau moteur de l'édition », en *Où va le livre. Edition 2002*, sous la direction de Jean-Yves Mollier, País, La Dispute, 2002, pp. 93-106.

Poste Italiane] los libreros no deben temer ala competencia de Internet»¹¹. Pese a algunas dificultades que obligaron a Amazon a reducir sus costes en el 2000, la empresa de Seattle es ahora el tercer «librero» de los Estados Unidos sin haber abierto ninguna librería —a diferencia de Barnes and Noble o de Borders. El aumento de las ventas de Amazon Media es impresionante: entre 2002 y 2003 el incremento fue de 14%, entre 2003 y 2004 también del 14% y entre 2004 y 2005 el incremento fue del 18 %, mientras que por los mismos años los aumentos de las ventas de Barnes and Noble Bookstores son solamente de 7%, 7% y 3%. Es cierto que el crecimiento de la venta de los libros *on line*, que representó el 10% de las ventas de libros en los Estados Unidos en 2003, desempeña un papel fundamental en la disminución del número y del peso de las librerías independientes en los Estados Unidos. El número de miembros de la American Booksellers Association pasó de 5.000 en 1991 a 4.000 en 1998, a 2600 en 2003 y a 1.900 hoy en día. En los últimos años, las librerías vendieron solamente el 15% de todos los libros vendidos —es decir, menos que los Book Clubs, que hicieron el 18% de las ventas. Al mismo tiempo, Barnes and Noble y Borders cerraron sus librerías más pequeñas para concentrar su negocio en *superstores*¹².

Los datos disponibles para tres países de América Latina (México, Colombia y Brasil) otorgan conclusiones similares. Muestran, en primer lugar, que en el periodo 1998-2003 es solamente en Colombia que las ventas en las librerías (librerías

11 Umberto Eco, «Librai e millennio prossimo», (1998), en *Vent'anni di Scuola per Librai Umberto e Elisabetta Mauri*, Milano, 2006, pp. 359-369.

12 Datos recopilados por Morris Rosenthal en «North American Book Market 2005». <http://www.fonerbooks.com/booksale.html>.

independientes, hipermercados, grandes superficies, almacenes de cadena) tienen el mayor peso, con 31% del total, mientras que en México y en Brasil las ventas directas de los editores a Gobiernos, empresas o instituciones superan con 40% y 51% las ventas de por las librerías, que representan el 30% y el 25%¹³. Se nota, en segundo lugar, una disminución del porcentaje de las librerías, que cayó de 31% a 18% entre 2001 y 2004 en México, y de 30% a 26% en Colombia (mientras que aumentó en Brasil de 22% a 26%)¹⁴.

Más allá de la competencia entre las formas de venta del libro, el telón de fondo de las inequidades de los libreros — particularmente los libreros independientes— se remite a las transformaciones de los hábitos de compra y lectura de los libros. Las encuestas estadísticas en Francia, tanto del Ministerio de la Cultura como de los sociólogos, han llevado a reconocer, si no ya un retroceso en el porcentaje de lectores, al menos la disminución del porcentaje de los *forts lecteurs*, los lectores que compraban y leían cada año una gran cantidad de libros. Por otra parte, las investigaciones sobre las prácticas de lectura de los estudiantes franceses han mostrado que sólo aquellos que eligieron una carrera de letras y cuyos padres tienen un título universitario compran libros y forman una biblioteca durante el curso de sus estudios. Los otros recurren a la fotocopia, a los apuntes dactilografiados, a las bibliotecas universitarias (pese a

13 *La distribución del libro en el continente americano*, Memoria del IV Foro Internacional de Editores, FIL Guadalajara 2005, Cuadro 3, p. 28.

14 *Panorama de la edición en Iberoamérica. El espacio del libro*, bajo la dirección de Richard Uribe Schroeder. CERLALC, FGEE y GIE, 2006, Cuadros 4-30, 4-31 y 4-32, pp. 71-73.

sus pobres fondos y las malas condiciones de trabajo que ofrecen) y, hoy en día, a los bancos de datos de la red (con todos los riesgos de encontrar información errónea, falsificaciones históricas y malas ediciones). Por último, las encuestas dedicadas a los más jóvenes, que tienen entre 15 y 19 años, registran una débil práctica de lectura y, sobre todo, un desprecio del libro y la lectura en la presentación de sí mismo (en particular por los varones)¹⁵.

Los datos estadounidenses ofrecen conclusiones aún más sombrías: 58% de la población adulta no ha leído un solo libro después de los años de *high school*, 68% de la población nunca ha entrado en una librería y 44% de los libros comprados en 2002 lo fueron por compradores que tenían más de 55 años¹⁶. En todo el mundo las respuestas de los editores fueron las mismas: la contracción de las tiradas (que para los libros de ciencias humanas y sociales no son diferentes hoy en día de las tiradas de los impresores del siglo XVI, es decir, mil quinientos ejemplares), la prudencia ante las obras juzgadas como demasiado especializadas y la preferencia por publicar manuales, diccionarios y enciclopedias.

15 Roger Chartier, «Mort ou transfiguration du lecteur ?», en *Où va le livre ?*, *op. cit.*, pp. 295-312 [tr. española: ¿Muerte o transfiguración del lector?, en Roger Chartier, *Las revoluciones de la cultura escrita*, Barcelona, Gedisa editorial, 2000, pp. 101-191].

16 Datos recopilados en <http://www.parapublishing.com/sites/para/statistics.cfm>.

LA BIBLIOTECA

En el siglo XVIII, la palabra «biblioteca» designa a la vez un lugar y un libro. El *Diccionario de la Real Academia Española* en los años 1730 empieza con la definición de la biblioteca como colección de libros:

Bibliotheca. Nombre Griego, que en su riguroso sentido significa el paráge donde se venden libros: pero aunque en nuestra lénqua se suele entender assi alguna vez, mas comunmente se toma por la Librería que junta algun hombre grande y erudito, y por las que hai en las Comunidades Religiosas, y principalmente por las que son comunes para el beneficio público, de que hai varias en Europa, y la tiene el Rey nuestro señor en su Real Palácio.

La voz asocia diversos elementos esenciales: la inversión etimológica que define, según el griego, la *bibliotheca* como librería y, según el latín, la librería como biblioteca; la relación entre biblioteca como condición social (“hombre grande”), como saber (“hombre erudito”) y como fe católica (“las comunidades religiosas”); y finalmente, la noción de “beneficio público” que indica la apertura de las colecciones, monárquicas o particulares, a los lectores que necesitan el acceso a las colecciones.

La entrada «Librería» sugiere una posible diferencia entre la biblioteca, caracterizada por su uso «público» y la librería, en el sentido antiguo, el de la *librairie* de Montaigne, ubicada dentro del espacio de la privacidad: «Librería. Se llama assimismo la Bibliotheca que, privadamente y para su uso, tienen las Religiones, Colegios, Professores de las ciencias, y personas eruditas. Lat. *Bibliotheca privata*». La distinción no está ligada con la identidad, particular o colectiva, del poseedor de la biblioteca, sino con su uso, abierto a lectores que pueden consultar la colección o bien exclusivamente privado.

El *Diccionario* añade una segunda definición:

Bibliotheca. Se llaman también assi algunos libros, ù obras de algunos Autores que han tomado el assunto de recoger y referir todos los Escritores de una Nación que han escrito obras, y las que han sido, de que tenemos en España la singular y tan celebrado de Don Nicolás Antonio. Lat. *Bibliotheca*.

La «biblioteca» es, entonces, un libro de los libros que procura el inventario exhaustivo, distinto de una colección particular, siempre parcial, de los libros escritos por los autores de una «nación». En 1690, le *Dictionnaire* de la lengua francesa de Furetière indica tres definiciones de la biblioteca: como «lugar destinado a colocar en él los libros», como «Selección, compilación de varias obras de la misma naturaleza o bien de autores que han compilado todo aquello que puede decirse sobre un mismo tema» y como «libros que contienen los catálogos de los libros de las bibliotecas», lo que podía designar sea a una colección particular o más bien, como lo muestra las referencias a las bibliotecas de Gesner, Possevino y Photius, a todos los libros que fueron escritos en todas las lenguas o por los autores de una nación dada. Furetière añadía:

En Francia no tenemos aún una Biblioteca general de todos los Autores. Las hay particulares de Sieur La Croix du Maine y de Anthoine Du Verdier. España tiene una en la de Nicolás Antonio. También hay una Biblioteca de España de Peregrinus, o de André Schot de los Escritores Españoles en 1608.

Ambos textos consideran la Biblioteca de Nicolás Antonio, la *Bibliotheca hispana sive Hispanorum qui [...] scripto aliquid consignerunt notitia*, publicada en 1672, como el modelo mismo de las bibliotecas nacionales.

En 1611, el *Tesoro de la lengua castellana o española* de Covarrubias, más de un siglo antes del *Diccionario* de la Academia, esbozaba el contraste entre biblioteca «pública» y librería «privada». La palabra «Biblioteca» se encuentra en la voz «Librero» y ofrece las definiciones siguientes: «Librero. El que tiene tienda de libros 2. Librería, la dicha tienda, 3. Librería, cuando es pública, se llama por nombre particular biblioteca, como en Roma la Biblioteca Vaticana». En el *Suplemento* que nunca fue impreso, se introducen también los dos sentidos de biblioteca, como lugar y como libro:

Biblioteca. Vale tanto como lugar donde se an recojido gran multitud de libros de diversas facultades [...] Algunos an intitulado sus obras con inscripción de Bibliotecas. *Bibliotheca homiliarum et sermonum priscorum Ecclesiae patrum*, *Bibliothecae Sixti Senensis*, *Bibliotheca Antoni Possevini* y otras¹⁷.

El sueño de la biblioteca universal que abarque a todos los libros que fueron escritos desde la invención de la escritura ha atravesado la cultura occidental. La Biblioteca de Alejandría fue duraderamente la figura mítica de esta biblioteca exhaustiva, posible pero perdida, desmesurada, pero deseable. Cada biblioteca particular, inclusive dentro de los fines impuestos por su destino, conserva algo de semejante ideal que fundamentó la constitución de colecciones imponentes.

17 Sebastián de Covarrubias Orozco, *Tesoro de la Lengua Castellana o Española*, (1611), Edición de Felipe C. R. Maldonado revisada por Manuel Camarero, Madrid, Editorial Castalia, 1995, y *Suplemento al Tesoro de la Lengua Española Castellana*, Edición de Georgina Dopico y Jacques Lezra, Madrid, Ediciones Polifemo, 2001.

Lo muestra Pedro Mexía en el capítulo III de la Tercera Parte de su *Silva de varia lección*, publicada en Valladolid y en un texto más completo en Sevilla en 1540¹⁸. Recuerda lo excepcional de la biblioteca de Alejandria:

La librería de Alexandria, en Egipto, que el rey Ptolomeo Philadelpho hizo, fue, cierto, la más yllustríssima de todas las del mundo por averse traydo a ella el Testamento y Escripura Sagrada por los setenta y dos intérpretes y por la multitude de los libros que tenía. [...] Aulo Gelio y Amiano Marcelino dizen que tenía sietecentos mil libros la librería de Egipto.

Considerando este número como plausible, Pedro Mexía continúa:

Avía en esta librería libros buscados por todas las gentes y naciones de todo el mundo y, en todas lenguas escriptos. Tenían varones notables y doctísimos muchos, que los buscavan y tenían a cargo, unos de los libros poéticos, otros, de los hystóricos, y así en todas las facultades.

Aunque si todos los libros de la biblioteca no fueran quemados por «la gente de guerra de Julio César» y que una parte fuese trasladada a Roma, las «gentes bárbaras, que abrasaron la tierra, destruyeron y quemaron y deshazieron» las bibliotecas de los antiguos. Por lo tanto, los «varones doctos y estudiosos» de los tiempos modernos deben hacer de nuevo «copiosas y muy notables librerías en los estudios y universidades, y en Roma, Florencia, Venecia y en otras partes muchas; y se espera que cada día se harán y yrán en crecimiento las hechas».

18 Pedro Mexía, *Silva de varia lección*, Edición de Antonio Castro, Madrid, Ediciones Cátedra, 1989, Vol. II, pp. 24-31.

En un párrafo agregado a la primera redacción, Pedro Mexía destaca el caso de un amigo y contertulio suyo: Hernando Colón, hijo del almirante. Describe así su intento para reunir una colección considerable:

sin ser hombre de grandes rentas ni estado, sino por ser varón docto y de varia lección, con mediano patrimonio tuvo don Hernando Colón [...] de juntar y hazer librería en esa ciudad de Sevilla; para lo qual él, por su persona, anduvo todo lo más de la christiandad buscando y juntando libros de todas facultades, y juntó y dexó aquí más de veynte mil volúmenes de libros. Y tenía propósito de buscar todos los más que pudiesen ser avidos; lo qual, atajado de la muerte, no pudo cumplir.

El destino de Hernán Colón, cuyo sueño de recoger «todos los libros que pudiesen ser avidos» fue interrumpido por la muerte, es como una miniatura de los esfuerzos de «principales como de personas particulares», como escribe Pedro Mexía, que intentaron dar una nueva existencia a la biblioteca desaparecida de Ptolomeo Philadelpho, que Covarrubias, en el *Suplemento* a su *Tesoro*, designa como «la más antigua y la de más nombre y fama».

Lograr semejante universalidad aparecía como un sueño imposible, ya que toda colección particular, por más grande que fuese, no podía dar sino una imagen mutilada del saber universal. Solamente las bibliotecas inmateriales o, mejor dicho, cuya materialidad es la del libro de papel, podían procurar una forma de exhaustividad, sea nacional, abarcando a todos los libros que escribieron los escritores de una nación o lengua particular, o universal, si trata de recoger los títulos de todas las obras que fueron escritas en una lengua u otra.

Las bibliotecas de piedra o de papel intentaban responder a dos ansiedades contradictorias frente a la cultura escrita. La primera era el temor de la pérdida, de la desaparición, del olvido. Fundamentó en el Renacimiento la búsqueda de los textos antiguos, la copia y la impresión de los manuscritos, la constitución de las bibliotecas regias o príncipescas que, como la Laurentina, en El Escorial, debían abarcar todos los saberes y encerrar dentro de sus muros y clases bibliográficas (sesenta y cuatro en la biblioteca de El Escorial) el universo mismo¹⁹. Pero la acumulación de los libros antiguos y la multiplicación de los nuevos gracias a la imprenta produjeron otra inquietud: el miedo frente a un exceso indomable, a una abundancia confusa. Tanto en España como en otras partes de Europa, los catálogos, cualquiera que sea su objeto (una colección particular, el repertorio de los autores de una «nación», la propuesta de una biblioteca ideal), fueron los instrumentos poderosos que ayudaron a establecer un orden de los discursos.

Hoy, el sueño de la biblioteca universal parece más próximo que nunca antes a hacerse realidad, incluso más que en la Alejandría de los Ptolomeos. La conversión digital de las colecciones existentes promete la constitución de una biblioteca sin muros, donde se podría acceder a todas las obras que fueron publicadas en algún momento, a todos los escritos que constituyen el patrimonio escrito de la humanidad. La ambición es magnífica, y —como escribe Borges— «cuando se proclamó que la Biblioteca abarcaba todos los libros, la primera impresión fue de extravagante felicidad». Pero, seguramente, la segunda

19 Bouza, Fernando, *Imagen y propaganda. Capítulos de la historia cultural del reinado de Felipe II*, Madrid: Akal, 1998, pp. 168-185.

impresión debe ser un interrogante sobre lo que implica esta violencia ejercida sobre los textos, dados a leer bajo formas que no son más aquellas donde figuraban para sus lectores del pasado. Semejante transformación no carece de precedentes —se podría decir— y fue en códices, y ya no en los rollos de su primera circulación, que los lectores medievales y modernos se apropiaron de las obras antiguas o, al menos, de aquellas que han podido o querido copiar. Seguramente. Pero para comprender las significaciones que los lectores han dado a los textos de los que se apoderaron, es necesario proteger, conservar y comprender los objetos escritos que los han transmitido. La «felicidad extravagante» suscitada por la biblioteca virtual universal podría volverse amargura si se traduce en la relegación o, peor aún, la destrucción de los objetos impresos que han alimentado a lo largo del tiempo los pensamientos y sueños de aquellos que los han leído. La amenaza no es universal y los incunables no tienen nada que temer, pero no ocurre lo mismo con las más humildes y recientes publicaciones, sean o no periódicas.

Sin ninguna duda, la revolución electrónica parece augurar el fin de las bibliotecas. La comunicación a distancia hace concebible, si no inmediatamente posible, la disponibilidad universal del patrimonio escrito, al mismo tiempo que hace que la biblioteca ya no sea el único lugar de conservación de ese patrimonio textual. Todo lector, sea cual fuere su lugar de lectura, puede recibir cualquiera de los textos que componen una biblioteca sin muros en la que se hallarán, en una forma electrónica, todos los libros que fueron publicados.

La perspectiva no carece de seducción, pero no debe engañarnos. Ante todo, es necesario recordar que la conversión

electrónica de todos los textos cuya existencia no empiece con la nueva técnica no debe impedir la posibilidad de encontrarlos en las formas materiales que fueron las suyas durante la historia de su publicación. Es la razón por la cual hoy más que nunca la tarea esencial de las bibliotecas es recoger, proteger y hacer accesibles los objetos escritos tal como fueron publicados y leídos. Si las obras que difundieron esos objetos se comunicaran y se conservaran únicamente en una forma electrónica, existiría el gran riesgo de que se perdiera la inteligibilidad de una cultura textual y libresca identificada con los objetos que la han transmitido. La biblioteca del futuro debe ser una biblioteca electrónica, por supuesto, pero debe ser también el lugar donde se mantengan el conocimiento y la apropiación de la cultura escrita en sus materialidades sucesivas o simultáneas.

Como lo muestra el libro del novelista Nicholson Baker, *Double Fold: Libraries and the Assault on Paper*²⁰, el riesgo de la pérdida de la inteligibilidad de la cultura textual en sus formas antiguas no carece de fundamentos. Entre los años sesenta y noventa el *Council on Library Resources* de los Estados Unidos soportó una política de microfilmación de periódicos y libros de los siglos XIX y XX, cuyo resultado fue la destrucción física de millones de volúmenes y periódicos con la doble justificación de su preservación sobre otro soporte y la necesidad de vaciar los anaqueles de las bibliotecas para recibir las nuevas adquisiciones. Esta operación, llamada *deaccessioning* en el inglés de la biblioteconomía, encontró su forma paroxística en 1999 cuando la British Library

20 Nicholson Baker, *Double Fold: Libraries and the Assault on Paper*, New York, Random House, 2001.

tomó la decisión de microfilmear y destruir o vender todas sus colecciones de periódicos americanos publicados después de 1850. Los compradores fueron mercaderes que desmembraron todas las colecciones para vender sus números como recuerdos para cumpleaños. Sin embargo, antes del escándalo británico, la política de las bibliotecas estadounidenses cambió y la «matanza» denunciada por Nicholson Baker no ocurrió más. Pero las pérdidas son enormes e irremediables. Con las posibilidades y promesas de la digitalización, la amenaza de otra destrucción no se ha alejado, sino que ha reforzado la idea (totalmente errónea en mi opinión) según la cual existiría una equivalencia entre las diversas modalidades de inscripción y conservación de un texto que supuestamente sería siempre el mismo, cualquiera que sea su soporte y forma material. Pero sabemos que estas formas participan en el proceso de construcción del sentido por parte del lector y que nunca un texto puede reducirse a su contenido semántico. Entonces, como lectores, como ciudadanos, como herederos del pasado, debemos exigir que las operaciones de digitalización no produzcan nunca la desaparición de los objetos originales y que siempre se mantenga la posibilidad del acceso a los textos tal y como fueron impresos y leídos en su tiempo.

El ejemplo de las revistas ilustra la diferencia que existe entre la lectura de los «mismos» artículos cuando están desplazados de la forma impresa, que ubica cada texto particular en una contigüidad física, material, con todos los otros textos publicados en el mismo número, a la forma electrónica donde se encuentran y se leen a partir de las arquitecturas lógicas que jerarquizan cam-

pos, temas y rúbricas²¹. En la primera lectura, la construcción del sentido de cada artículo particular depende, aunque sea inconscientemente, de su relación con los otros textos que lo anteceden o lo siguen, y que fueron reunidos dentro de un mismo objeto impreso por una intención editorial inmediatamente perceptible. La segunda lectura procede, tal como el idioma analítico de John Wilkins, a partir de una organización enciclopédica del saber que propone al lector textos sin otro contexto que el de su pertenencia a una misma temática. En un momento en el que se discute la posibilidad o bien la necesidad de las bibliotecas de digitalizar sus colecciones (particularmente los diarios y revistas), semejante observación recuerda que, por fundamental que sea este proyecto de digitalización, nunca debe conducir a la relegación, o a la destrucción de los objetos impresos del pasado.

Para caracterizar a la lectura del texto electrónico, Antonio Rodríguez de las Heras formuló dos observaciones que nos obligan a hacer hincapié en su diferencia en relación con la lectura de los libros tal como la conocemos desde la invención de Gutenberg, y aun más desde la aparición del códex. Abandonar las percepciones espontáneas y los hábitos heredados²². En primer lugar, debe considerarse que la pantalla no es una página sino un espacio de tres dimensiones, que tiene profundidad y en el que los textos alcanzan la superficie iluminada de la pantalla. Por

21 Geoffrey Nunberg, «The Place of Books in the Age of Electronic Reproduction». en *Future Libraries*, bajo la dirección de R. Howard Bloch y Carla Hesse, Berkeley, University of California Press, 1993, pp. 13-37.

22 Antonio Rodríguez de las Heras, *Navegar por la información*, Madrid, Los libros de Fundesco, 1991.

consiguiente, y por la primera vez en el espacio digital, es el texto y no su soporte el que está plegado. La lectura del texto electrónico debe pensarse, entonces, como desplegándolo, mejor dicho, como una textualidad blanda, móvil e infinita.

Semejante lectura dosifica el texto sin atenerse necesariamente al contenido de una página y compone en la pantalla ajustes textuales singulares y efímeros. Es una lectura discontinua y segmentada que supone y produce una lectura rápida, fragmentada, que busca información y no se detiene en la comprensión de las obras, en su coherencia y totalidad. Si conviene para las obras de naturaleza enciclopédica, que nunca fueron leídas desde la primera hasta la última página, parece inadecuada frente a los textos cuya apropiación supone una lectura continua y atenta, una familiaridad con la obra y la percepción del texto como creación original y coherente —una percepción que en el códex siempre remite el fragmento a la totalidad textual de la cual está extraído. Entonces, leer el «mismo» texto en un libro impreso y frente a una pantalla no es leer el mismo texto. Es una tarea esencial de las bibliotecas permitir a los lectores entenderlo.

Las bibliotecas deben también ser un instrumento que permita a los nuevos lectores encontrar su camino en el mundo digital que les desconcierta. Pueden desempeñar un papel fundamental en el aprendizaje de las técnicas capaces de asegurar al más desprovisto de los lectores el manejo de la nueva oferta textual. La comunicación electrónica de los textos no transmite por sí sola el saber necesario para utilizarla. Vale para ellas lo que Emilia Ferreiro dijo en cuanto a las escuelas: «la tecnología, de por sí, no va a simplificar las dificultades del proceso de alfabetización, ni es la oposición ‘método vs. tecnología’ la que nos permitirá su-

perar las desventuras del analfabetismo». El lector navegante del mundo digital corre el peligro de perderse en un mar textual sin faro ni puerto. La biblioteca debe procurar ambos.

Por último, la biblioteca del futuro podrá reconstituir alrededor del libro y de la cultura escrita las sociabilidades e intercambios que hemos perdido. La historia enseña que la lectura se transformó en una práctica silenciosa, solitaria, que borró los momentos compartidos alrededor de lo escrito y de la lectura colectiva hecha en voz alta —las reuniones familiares, las asambleas amistosas, los compromisos militantes. En un mundo en el que la lectura se identifica con una relación personal, íntima, privada, con el libro, o bien con la conversación sin presencia de la red, la biblioteca debe multiplicar las circunstancias y las formas para que los lectores se encuentren alrededor del patrimonio escrito, de la creación intelectual, de las experiencias estéticas. De ese modo, puede contribuir a construir el espacio público y crítico que necesitan nuestras sociedades.

En nuestras sociedades la información, multiplicada en sus fuentes y formas, se encuentra a menudo manipulada por los poderes económicos, políticos o mediáticos. Domar semejante multiplicación y resistir a semejante manipulación supone que los ciudadanos puedan adquirir los instrumentos intelectuales que les permiten evitar el sometimiento a los mensajes que reciben. La biblioteca no es el único lugar donde puede hacerse el aprendizaje de este uso crítico de la razón. Pero es uno de ellos.

RAZONES PARA LA SOBREVIVENCIA
DE LAS LIBRERÍAS, LOS LIBREROS,
LAS BIBLIOTECAS Y LOS BIBLIOTECARIOS

¿Debemos entonces pensar que las librerías y las bibliotecas que conocemos y queremos están inexorablemente destinadas a desaparecer? No lo pienso, ni tampoco Umberto Eco. En una conferencia dictada en 1988 en otro curso de la Scuola per Librai de Venecia, propuso Eco una librería ideal y perfecta:

Dentro de mis utopías hay una librería que se arriesga a contar la historia del libro, que cuando entro me muestra los últimos libros que llegaron, y que, a medida que avanzo, me presenta las obras que han sobrevivido durante los últimos cinco años, después aquellas que han sobrevivido durante los cincuenta últimos años y finalmente, en una preciosa pequeña sala en el fondo, aquellas que sobrevivieron durante dos mil años. Una librería que, en el momento en el cual la visito, me cuenta la historia de los libros, de la memoria que se ha atado a ellos, de la manera en la cual vivieron y sobrevivieron²³.

La utopía de Umberto Eco nos remite a las razones fundamentales que hacen necesaria, imprescindible, la sobrevivencia de las librerías, de las bibliotecas, de los libreros y de los bibliotecarios, que son hoy en día los herederos de una historia de muy larga duración. En primer lugar, permiten una relación física, material, inmediata con los libros que hasta ahora proponen los textos en un objeto que desde los primeros siglos de la era cristiana ha conservado las mismas características morfológicas: está compuesto por hojas y páginas reunidas dentro de una misma encuadernación o tapa, permite al lector hojear el texto y encontrar pasajes particulares gracias a sus índices,

23 Umberto Eco, «Riflessioni sulla carta stampata», (1988), en *Vent'anni di Scuola per Librai* Umberto e Elisabetta Mauri, op.cit., pp. 211-227.

favorece una lectura discontinua pero que siempre percibe la totalidad del texto, identificada por la forma material misma. Así se vincularon fuertemente los dos sentidos de la palabra libro: el libro como discurso, como obra intelectual, estética o práctica, y el libro como objeto específico, diferente de todos los otros objetos de la cultura escrita: el periódico, la revista, el archivo, la carta, etc²⁴. Comparto el juicio de Umberto Eco cuando, a partir de una distinción entre libros de lectura y libros de consulta, afirma que para los primeros la forma del códex es la más fácilmente manejable, transportable, legible y, por ende, a diferencia de los libros de consulta, posiblemente convertidos en bancos de datos electrónicos, va a perdurar como forma dominante de la transmisión de la literatura, los ensayos filosóficos, los libros de historia. Si tiene razón —y pienso que la tiene—, no desaparecerán las librerías ni las bibliotecas tradicionales, porque permiten al lector apoderarse de los libros en su doble naturaleza: material y textual.

La librería y la biblioteca desempeñan o deben desempeñar otro papel. Aún más que en el siglo XVII o en el siglo XIX, nuestro tiempo está obsesionado por una proliferación textual incontrolable, una producción escrita indomable. El exceso de los discursos puede convertirse en caos y en un obstáculo para el pensamiento y el conocimiento²⁵. No es nuevo este temor,

24 Roger Chartier, «Language, Books, and Reading from the Printed Word to the Digital Text», *Critical Inquiry*, 31, Autumn 2004, pp. 133-152 [tr. española: «Lenguas y lectores en el mundo digital», en Roger Chartier, *El presente del pasado. Escritura de la historia, historia de lo escrito*, México, Universidad Iberoamericana, 2005, pp. 195-218].

25 Roger Chartier, *Inscrire et effacer. Culture écrite et littérature (XVI-XVIII siècle)*, París, Gallimard/Seuil, 2005 [tr. española: *Inscribir y*

pero el crecimiento de la producción libresca, que multiplica los títulos al mismo tiempo que reduce las tiradas, y la oferta textual infinita del mundo digital lo hacen más fuerte y angustioso hoy en día. Estableciendo y haciendo visible un orden de los libros, las librerías y bibliotecas, o por lo menos aquellas que están bien ordenadas, guían a los lectores inquietos frente a la abundancia de los textos.

Finalmente, la librería y la biblioteca son dos de las raras instituciones capaces de reconstituir alrededor del libro la sociabilidad que hemos perdido. La historia de la lectura enseña que, con el correr de los siglos, la relación que tenemos con los libros se ha identificado con una práctica personal, íntima, solitaria, alejada de las formas de oralidad tradicionalmente ligadas con los textos: la lectura en voz alta, la conversación sobre los libros, la tertulia letrada o el intercambio amistoso²⁶. Las librerías y las bibliotecas pueden restaurar la importancia de la palabra viva, «alada y sagrada» decía Borges, para la cultura escrita y libresca. Las lecturas de sus obras por los autores, tal como las *lectures* del siglo XIX, la presentación con varias voces de los libros nuevos, los debates que contribuyen a construir y nutrir el espacio público son algunas de las actividades que los libreros y bibliotecarios conscientes de su responsabilidad intelectual y cívica acogen y organizan en sus espacios.

borrar. Cultura escrita y literatura (siglos XI-XVIII), Buenos Aires, Katz Editores, 2006].

26 *Histoire de la lecture dans le monde occidental*, bajo la dirección de Guglielmo Cavallo y Roger Chartier, París, Seuil, 1997 [tr. española: *Historia de la lectura en el mundo occidental*, bajo la dirección de Guglielmo Cavallo y Roger Chartier, Madrid, Taurus, 1998].

Reafirmar la importancia de los papeles tradicionales de las librerías y las bibliotecas no significa, sin embargo, que pueden ignorar las mutaciones del presente. Frente a la competencia de los grandes emporios multimedia, las librerías amenazadas en su existencia misma no son las librerías especializadas, que tienen una clientela conocida y fiel, sino las librerías de tamaño medio. Para sobrevivir tendrán que abrirse a la venta de los libros en todas sus formas, no solamente la forma impresa, sino también las formas electrónicas: CD-ROM e *e-books*. Aunque las predicciones que en el año 2000 vaticinaban la próxima muerte del códex y la conquistas irresistibles del *e-book* no fueron confirmadas todavía, aunque muchas de las nuevas editoriales que pretendían crear un amplio mercado para las novelas y ensayos electrónicos fracasaron y desaparecieron, la edición digital y las producciones multimedia se han instalado como un sector de la actividad editorial, reconocido como tal por las ferias del libro. Las librerías clásicas no pueden ignorar esta realidad y quedarse fuera del comercio de los libros electrónicos y de los aparatos o *software* que permiten de leerlos.

No deben ignorar tampoco la transformación de la edición introducida por la posibilidad del *print-on-demand*, es decir, la posibilidad de imprimir un ejemplar de un libro a petición de un lector, en la forma que desea, a partir de los ficheros electrónicos de una editorial. Si la impresión del libro se hace en la librería, los papeles del librero cambian, puesto que tendrá que asumir la tarea de un bibliotecario, que busca en los catálogos de las empresas que proponen en *e-books* el texto que quiere recibir su cliente y compartir el oficio del editor, pues debe intervenir en el proceso de la producción del libro. Si se quedan

fieles a sus misiones antiguas y si saben y pueden abrirse a nuevas tareas impuestas por la revolución de la cultura escrita que experimentamos, las librerías serán tanto en el porvenir como en el pasado, estos «lugares extremadamente atractivos y económicamente rentables» que describe Eco en otra conferencia dictada en Venecia en 2002²⁷.

Descubrir y hojear las novedades editoriales, escuchar los consejos del librero o del bibliotecario, conversar con un amigo a propósito de los libros: tales son los placeres que podemos esperar de la librería y de la biblioteca del futuro. Y tales son los placeres que representó Pierre Corneille en varias escenas de su comedia *La Galerie du Palais*. Representada durante la temporada de 1632-1633, impresa en 1637, la comedia sitúa cuatro escenas de su primer acto en una de estas librerías parisinas ubicadas en el Palacio del Parlamento y especializadas en las novedades literarias²⁸. El diálogo entre el librero y un noble joven, Dorimant, comienza con las propuestas del primero:

«Señor, ¿le gustaría ver algunos libros recientes?» [« Monsieur, vous plaît-il voir quelques livres du temps ? »] «Aquí están aquellos de moda» [« Voici ceux de la mode »] o «Señor, he aquí dos muy estimados» [« Monsieur, en voici deux dont on fait grande estime »].

Dorimant rechaza estos libros que no le gustan y cuyos autores desprecia, cuando llega a la tienda su amigo Lysandre.

27 Umberto Eco, «L'immortalità del libro», (2002), en *Vent'anni di Scuola per Librai Umberto e Elisabetta Mauri, op.cit.*, pp. 393-403.

28 Corneille, «La Galerie du Palais ou l'amie rivale», en Corneille, *Œuvres complètes*, Texte établi par Georges Couton, Paris, Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade, Tome I, 1980, pp. 299-381.

Los dos jóvenes nobles entablan entonces una conversación sobre los géneros de moda —y particularmente el teatro que atrae a todos los poetas. Finalmente, después de las últimas propuestas del librero («Le gustaría ver algunas obras de elocuencia?») [« Vous plaît-il le point de voire les pieces d'éloquence ? »)] y después de haber leído el título de algunos libros y hojeado otros, ya encuadernados, Dorimant elige tres libros que sus criados vendrán a pagar más tarde: «Aquí están unos autores cuyo arte me gusta, / Le ruego que ponga aparte estos tres» [« Voici quelques Auteurs dont j' aime l' industrie, / Mettez ces trois a part, mon Maitre, je vous prie »)].

Reducida a los medios aristocráticos en tiempos de Corneille, la sociabilidad amena y apacible de la librería debe hoy en día extenderse a todos. Cada uno de nosotros se acuerda de las librerías y las bibliotecas donde encontró libros que no buscaba y cuya existencia no podía ni siquiera imaginar. Cada uno se acuerda de los libreros y los bibliotecarios atentos y sabios que fueron sus guías en la selva de los títulos, convertida gracias a ellos en un jardín de varias flores —para retomar metáforas del Siglo de Oro. Estos recuerdos no deben transformarse en nostalgia de un pasado perdido. Todo lo contrario, tienen que inspirar las acciones colectivas y las conductas individuales que nos evitarán la inconsolable tristeza de un mundo sin librerías y sin bibliotecas.

